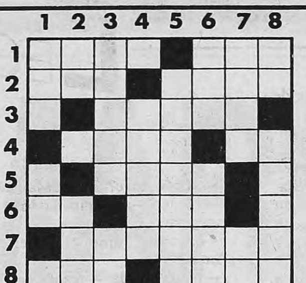
Con censura 1

Las palabras que responden a las definiciones que damos en orden para cada fila y columna, se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra del abecedario que está a lo largo y ancho de todo el crucigrama y que debe saltearse cada vez que aparece. *Ejemplo:* si la letra censurada fuera la *R*, una palabra como *PERRERA* entraría en el cuadro como PEEA.



☐ HORIZONTALES

1. Variedad de zapallo. / Tosca, grosera.
2. Indios fueguinos. / Que no ofrece dificultad.
3. Bar.
4. Etica. / Poema épico.
5. Estado de Europa Central, también llamado Confederación Helvética.
6. Pareja. / Antiguo dios romano, representado con dos caras.
7. Reúnan y guarden cosas de mucho valor.
8. Esposa de Mahoma. / Sedimento que dejan algunos líquidos.

☐ VERTICALES

1. Rabo. / Cubierta de un libro o cuaderno.
2. Pelo de ciertos animales. / Virtud o habilidad para hacer las cosas.
3. Palo de la baraja española. / Existe.
4. Hechiceras.
5. Relativos al gato.
6. Juego de naipes en que el banquero juega contra los puntos. / Raposa.
7. Destino. / Epoca.
8. Igual, semejante. / Arrolló hilo en ovillo carrete.

Verano/12

Alejandro Kacero

SUEÑOS DE UNA NOCHE DE VERANO

Ella tiene las várices más maravillosas del mundo y él ha sido capaz de darse cuenta. El es director jubilado de banda municipal y lleva el luto con la arrogancia de un príncipe *punk*. Amenaza él respetuosamente con extraviar su dedo por la caprichosa red de las venillas de ella, y ella coquetea con la oferta de un repaso de plancha a los pantalones de él.

A partir de aquí todo es lo que él llama un certamen de armonías, y ella, un rosario de coincidencias. Viudos ambos, los hijos ya casados, de gustos sencillos, amantes del hogar. Prometen cuidarse recíprocamente. Ella lo hará más recíprocamente, y él tendrá tiempo para componerle un bonito pasodoble y un himno a la patrona del barrio.

LECTURAS
María Violín
UN CUENTO DE DANIEL MOYANO

UN CUENTO DE DANIEL MOYANO

Manuel el suramericano pasó el último invierno tocando la quena en una bohardilla de la plaza de Santa Bárbara, rodeado de un Madrid lluvioso que no podía ver desde su cuarto que daba al patio oscuro con ropa colgada y goterones. Nunca un cielo limpio ese invierno con algunas nieves, y justo frente a su ventana aquella otra con hollín y cerrada desde siempre, unida a la suya por las cuerdas del tendedero con gotas resbalando, y la quena suena que te suena todas las tardes al final del trabajo: notas y gotas para ir llenando el tiempo en Madrid con 20 años por delante hasta que aclare allá en el Cono Sur. Madrid, bohardilla y lluvia, tuberías herrumbradas y tejas de dos siglos, goterones por todas partes, y arriba, a veces, cuando escampa, un cuadrado de cielo de El Greco, ceniciento.

El resto de tu vida, cabezón. Te lo dije cuando subiste al barco. Y nada de *me moriré en Madrid con aguacero*. Vallejo es de otro tiempo y otra sensibilidad. Al fin y al cabo te lo estás pasando bien en tu bohardilla de hombre solo, con tu quena, tu mate, los discos de la negra Sosa y tu trabajo de fotógrafo, le gustaba decirse a sí mismo ahora que era otro.

Ese primer invierno, tocando la quena que le enviaron por correo con aires de quena india hecha con hueso de mujer amada —así es la verdadera, dicen—, mirando aquella ventana cerrada y la cuerda de la ropa por donde ruedan las gotas para caer sin ruido justo al borde de la ventana de Manuel, toca que te toca o dando vueltas por la bohardilla con las manos a la espalda y sin mujer, como Pavese, sin amor ni aguacero cuando la muerte muy blanca fue a buscarlo en aquel sombrío hotel de Roma.

Cuidado con lo de Pavese, es demasiado drástico y muy poco latinoamericano le decía a Manuel, como quien canturrea, el otro que era cuando se paseaba como exiliado de sí mismo por un Madrid fantasma o humo, Cibeles humo y puerta de Alcalá humo solamente, o por los tres metros infinitos de la bohardilla en Santa Bárbara, noches sin cuerpo y solamente goterones en la cuerda deslizándose en la pendiente como diminutos animales transparentes que al rozar los cristales de su ventana caían sin forma ya, dejando de ser lluvia, para sepultarse entre las cáscaras de naranja del patiecito con ropa y zapatos y juguetes muertos cuatro pisos abajo, entre el esqueleto en que se convierte la lluvia cuando cae en los patios estrechos y se arrastra hasta los sumideros en la tarde gris de tango, *senza mamma e senza amore*, y pensando en *qué hará a esta hora mi andina y dulce Rita de junco y capulí*, sueños mezclados al alcohol.

En función de monocordio, una prenda íntima de tela transparente apareció una mañana tendida a secar en el centro de la cuerda. El hollín de la ventana de enfrente había desaparecido, dejando ver unos visillos que difuminaban entre veladuras la figura alta y móvil de la mujer a la que pertenecía. Hembra como caída del cielo, imaginó Manuel, durante toda una noche descendiendo, y ahora estaba allí, recién amanecida, junto al fuego cuyas llamas se proyectaban con la imagen de ella contra el frío límpido del vidrio.

El portal plateresco del edificio histórico en vías de derrumbe que estaba copiando para el *Abc* aparecía poco a poco en el líquido revelador, aunque los ojos fascinados de Manuel viesen surgir la desnudez de la mujer sugerida por la prenda tendida en el centro de la cuerda pitagórica dividiéndola en dos octavas justas, señales femeninas que temblaban en el líquido, sus largos cabellos flotando en drogas químicas, la paciente armonía zoológica de aquella arquitectura del amor sobrepuesta a la imagen del portal.

Y la fascinación erótica en la noche fría, fría, dando vueltas en la cama solo, solo. Manuel camina por sus sueños llevando un tablón cortazariano que unirá su ventana con la otra: en perfecto equilibrio se desliza, tiritando de frío encuentra el cuerpo de la mujer que durante toda una noche estuvo cayendo del cielo de El Greco, penetra en él como quien atraviesa una nube, y más allá del cuerpo llueve sobre las secas mesetas del altiplano andino, croan los sapos agradecidos y él mismo croa introduciendo un sonido en el sueño silencioso.

Manuel aguanta el frío mañanero asomado a la ventana a la espera de la aparición corpórea de la mujer de sombra que durante la noche compartió la soledad de su cuerpo con ánimos de incorporar su realidad a lo soñado. El tablón intangible está presente en la doble cuerda del tendedero; en su centro, la prenda ya escarchada parece de papel.

Ella abre su ventana y aparece blanca, entera, limpia, como un inmenso signo del deseo. Mira al hombre y al monocordio, tira de la cuerda para recogerlo, pero están trabadas las roldanas. Manuel las destraba con un tirón y ella hace un gesto que en seguida es un principio de sonrisa; él empuja la cuerda y ella la recoge; el monocordio abandona con temblores rígidos el centro del tendedero, a los dos tercios de la distancia hay un acorde perfecto de ella y de Manuel, la prenda va rompiendo gotas frías, el deseo del hombre la ve como una mariposa en vuelo, y cuando ya está al alcance de las manos de la hembra que durante toda una noche estuvo cayendo del cielo él da sin querer un tirón en sentido contrario y la mariposa desanda su camino. Está viajando hacia la ventana de Manuel cuando él dice que todo eso es por culpa de la helada, y ella responde algo en una lengua extranjera que el suramericano no comprende. Ahora sí, dice Manuel dando un golpe a la roldana, y ella recoge la mariposa de tela trasparente tratando de explicar algo o dar las gracias, pero lo que dice suena a distancias que él no alcanza a percibir. Ella está por cerrar la ventana mientras el corazón de él hace *glo, glo* como los sapos bajo la lluvia generosa del altiplano seco.

—¿Love, love? —dice Manuel.

—No, no —dice, moviéndose, la cabellera larga y lacia de la mujer.

—¿Amore, amore? ¿Lieben, lieben? ¿Amour?

—Nada, nada —responden sus manos cerrando la ventana.

¿A qué pasillo dará su bohardilla? Hay por lo menos cuatro en cada uno y además distintas escaleras. ¿Escalera derecha, pasillo dos, puerta uno?, preguntan los dedos y la boca de Manuel. Ella sonríe y dice la única palabra española que conoce, un *gracias* transpirenaico salpicado de nieves y paisajes ignorados, cada vez que le ayuda a recoger la ropa. Y es tan difícil el acceso que él piensa seriamente en pasar a la realidad el tablón del sueño y colocarlo entre las dos ventanas. Son menos de tres metros (y cuatro pisos hacia abajo): apenas un salto, un par de apoyos y estaría junto a ella.

Una noche recordó que las luciérnagas, para buscar un amor, se hacen señas de luces. Prendió y apagó la suya varias veces, a la espera de que la ventana iluminada de la mujer, contra la que ella estaba apoyada, le respondiese. Pero el rectángulo de vidrios era una pura quietud reiterativa. Seguramente ella no comprendía ese lenguaje, acaso ni siquiera conociese a las luciérnagas, viniendo como venía de un país de nieves permanentes. Apagó definitivamente su luz, y el tiempo, mezclándose con la oscuridad, penetró en su memoria llevando palabras de Pavese, *verrà la morte e avrà i tuoi occhi*, porque si no había amor podía venir lo otro, la señora muy blanca, muy más que la nieve fría.

Para espantarla recurrió a la quena. Un largo sonido del altiplano retumbó de cumbre en cumbre andina en su memoria, y aquí en Madrid de ventana en ventana por el edificio frente a la plaza de Santa Bárbara, el sonido del ay de los collas, un *mi* larguísimo que era también una pregunta, un ¿y? que vuela sin necesidad de ser luciérnaga, un ¿y? tan solitario que en el silencio que le siguió podrían haberse oído los pasos de la muerte me anda buscando, junto a ti vida sería.

Pero en eso, desde la otra ventana, que se encendió, venía en timbre de flauta dulce la chispa de la luciérnaga, sonido compañero, un *sol* diciendo te echaré cordón de seda, luego la quena *do* y en seguida la flauta dulce *mi*, primera inversión de acorde perfecto equiparable a decir amor mío, para que subas arriba, la dama fría muy más que la muerte se va, y si el hilo no alcanzare mis trenzas añadiría, y el corazón de Manuel que se desata en un *solo* de percusión recuperativa.



En el largo silencio que sigue alzan sus instrumentos para mostrárselos, pero en realidad están mirando sus cuerpos, con una concentración animal, hasta hacerlos temblar. Cuando esta comunicación se vuelve casi intolerable, la mujer sopla otra vez su flauta, echa a rodar un *re* alto y blanco como ella que penetra hasta el corazón del hombre con el propósito de normalizar su percusión, objetivo que alcanza inmediatamente porque los cuerpos han sido pensados para la música, son instrumentos vivos.

Acabada su emisión, ella se echa hacia atrás para ofrecer más superficie acústica a la respuesta sonora de Manuel, y cuando la consonancia de la quena llega se estremece, apaga la luz y se pierde entre muebles pulidos por el tiempo. El hombre también apaga su luciérnaga y se echa en la cama para pensar en el encuentro que ya existe en alguna parte; luego vuelca en el sueño, como si fuera de la misma sustancia, la realidad que acaba de alumbrarse.

Manuel salta de la cama cuando oye chirriar las roldanas del tendedero. Ella cuelga un pañuelo y hace correr la cuerda; él mira el sol y pestañea. Hermoso día, dice, y la extranjera responde algo en otra lengua. Me gustó tu flauta, mucho, y ella cuelga una servilleta, sonríe arrugando su nariz helada cuando sujeta con pinzas su mínimo monocordio trasparente, que con el resto de la ropa avanza hacia la ventana del suramericano, que dice: ahora tenemos un lenguaje

MARIA VIOLIN

UN CUENTO DE DANIEL MOYANO

Manuel el suramericano pasó el último invierno tocando la quena en una bohardilla de la plaza de Santa Bárbara, rodeado de un Madrid lluvioso que no podía ver desde su cuarto que daba al patio oscuro con ropa colgada y goterones. Nunca un cielo limpio ese invierno con algunas nieves, y justo frente a su ventana aquella otra con hollín y cerrada desde siempre, unida a la suya por las cuerdas del tendedero con gotas resbalando, y la quena suena que te suena todas las tardes al final del trabajo: notas y gotas para ir llenando el tiempo en Madrid con 20 años por delante hasta que aclare allá en el Cono Sur. Madrid, bohardilla y lluvia, tuberías herrumbradas y tejas de dos siglos, goterones por todas partes, y arriba, a veces, cuando escampa, un cuadrado de cielo de El Greco, ceniciento.

El resto de tu vida, cabezón. Te lo dije cuando subiste al barco. Y nada de *me moriré en Madrid con aguacero*. Vallejo es de otro tiempo y otra sensibilidad. Al fin y al cabo te lo estás pasando bien en tu bohardilla de hombre solo, con tu quena, tu mate, los discos de la negra Sosa y tu trabajo de fotógrafo, le gustaba decirse a sí mismo ahora que era otro.

Ese primer invierno, tocando la quena que le enviaron por correo con aires de quena india hecha con hueso de mujer amada —así es la verdadera, dicen—, mirando aquella ventana cerrada y la cuerda de la ropa por donde ruedan las gotas para caer sin ruido justo al borde de la ventana de Manuel, toca que te toca o dando vueltas por la bohardilla con las manos a la espalda y sin mujer, como Pavese, sin amor ni aguacero cuando la muerte muy blanca fue a buscarlo en aquel sombrío hotel de Roma.

Cuidado con lo de Pavese, es demasiado drástico y muy poco latinoamericano le decía a Manuel, como quien canturrea, el otro que era cuando se paseaba como exiliado de sí mismo por un Madrid fantasma o humo, Cibeles humo y puerta de Alcalá humo solamente, o por los tres metros infinitos de la bohardilla en Santa Bárbara, noches sin cuerpo y solamente goterones en la cuerda deslizándose en la pendiente como diminutos animales transparentes que al rozar los cristales de su ventana caían sin forma ya, dejando de ser lluvia, para sepultarse entre las cáscaras de naranja del patiecito con ropa y zapatos y juguetes muertos cuatro pisos abajo, entre el esqueleto en que se convierte la lluvia cuando cae en los patios estrechos y se arrastra hasta los sumideros en la tarde gris de tango, *senza mamma e senza amore*, y pensando en *qué hará a esta hora mi andina y dulce Rita de junco y capulí*, sueños mezclados al alcohol.

En función de monocordio, una prenda íntima de tela transparente apareció una mañana tendida a secar en el centro de la cuerda. El hollín de la ventana de enfrente había desaparecido, dejando ver unos visillos que difuminaban entre veladuras la figura alta y móvil de la mujer a la que pertenecía. Hembra como caída del cielo, imaginó Manuel, durante toda una noche descendiendo, y ahora estaba allí, recién amanecida, junto al fuego cuyas llamas se proyectaban con la imagen de ella contra el frío límpido del vidrio.

El portal plateresco del edificio histórico en vías de derrumbe que estaba copiando para el *Abc* aparecía poco a poco en el líquido revelador, aunque los ojos fascinados de Manuel viesen surgir la desnudez de la mujer sugerida por la prenda tendida en el centro de la cuerda pitagórica dividiéndola en dos octavas justas, señales femeninas que temblaban en el líquido, sus largos cabellos flotando en drogas químicas, la paciente armonía zoológica de aquella arquitectura del amor sobrepuesta a la imagen del portal.

Y la fascinación erótica en la noche fría, fría, dando vueltas en la cama solo, solo. Manuel camina por sus sueños llevando un tablón cortazariano que unirá su ventana con la otra: en perfecto equilibrio se desliza, tiritando de frío encuentra el cuerpo de la mujer que durante toda una noche estuvo cayendo del cielo de El Greco, penetra en él como quien atraviesa una nube, y más allá del cuerpo llueve sobre las secas mesetas del altiplano andino, croan los sapos agradecidos y él mismo croa introduciendo un sonido en el sueño silencioso.

Manuel aguanta el frío mañanero asomado a la ventana a la espera de la aparición corpórea de la mujer de sombra que durante la noche compartió la soledad de su cuerpo con ánimos de incorporar su realidad a lo soñado. El tablón intangible está presente en la doble cuerda del tendedero; en su centro, la prenda ya escarchada parece de papel.

Ella abre su ventana y aparece blanca, entera, limpia, como un inmenso signo del deseo. Mira al hombre y al monocordio, tira de la cuerda para recogerlo, pero están trabadas las roldanas. Manuel las destraba con un tirón y ella hace un gesto que en seguida es un principio de sonrisa; él empuja la cuerda y ella la recoge; el monocordio abandona con temblores rígidos el centro del tendedero, a los dos tercios de la distancia hay un acorde perfecto de ella y de Manuel, la prenda va rompiendo gotas frías, el deseo del hombre la ve como una mariposa en vuelo, y cuando ya está al alcance de las manos de la hembra que durante toda una noche estuvo cayendo del cielo él da sin querer un tirón en sentido contrario y la mariposa desanda su camino. Está viajando hacia la ventana de Manuel cuando él dice que todo eso es por culpa de la helada, y ella responde algo en una lengua extranjera que el suramericano no comprende. Ahora sí, dice Manuel dando un golpe a la roldana, y ella recoge la mariposa de tela trasparente tratando de explicar algo o dar las gracias, pero lo que dice suena a distancias que él no alcanza a percibir. Ella está por cerrar la ventana mientras el corazón de él hace *glo, glo* como los sapos bajo la lluvia generosa del altiplano seco.

—¿Love, love? —dice Manuel.

—No, no —dice, moviéndose, la cabellera larga y lacia de la mujer.

—¿Amore, amore? ¿Lieben, lieben? ¿Amour?

—Nada, nada —responden sus manos cerrando la ventana.

¿A qué pasillo dará su bohardilla? Hay por lo menos cuatro en cada uno y además distintas escaleras. ¿Escalera derecha, pasillo dos, puerta uno?, preguntan los dedos y la boca de Manuel. Ella sonríe y dice la única palabra española que conoce, un *gracias* transpirenaico salpicado de nieves y paisajes ignorados, cada vez que le ayuda a recoger la ropa. Y es tan difícil el acceso que él piensa seriamente en pasar a la realidad el tablón del sueño y colocarlo entre las dos ventanas. Son menos de tres metros (y cuatro pisos hacia abajo): apenas un salto, un par de apoyos y estaría junto a ella.

Una noche recordó que las luciérnagas, para buscar un amor, se hacen señas de luces. Prendió y apagó la suya varias veces, a la espera de que la ventana iluminada de la mujer, contra la que ella estaba apoyada, le respondiese. Pero el rectángulo de vidrios era una pura quietud reiterativa. Seguramente ella no comprendía ese lenguaje, acaso ni siquiera conociese a las luciérnagas, viniendo como venía de un país de nieves permanentes. Apagó definitivamente su luz, y el tiempo, mezclándose con la oscuridad, penetró en su memoria llevando palabras de Pavese, *verrá la morte e avrá i tuoi occhi*, porque si no había amor podía venir lo otro, la señora muy blanca, muy más que la nieve fría.

Para espantarla recurrió a la quena. Un largo sonido del altiplano retumbó de cumbre en cumbre andina en su memoria, y aquí en Madrid de ventana en ventana por el edificio frente a la plaza de Santa Bárbara, el sonido del ay de los collas, un *mi* larguísimo que era también una pregunta, un ¿y? que vuela sin necesidad de ser luciérnaga, un ¿y? tan solitario que en el silencio que le siguió podrían haberse oído los pasos de la muerte me anda buscando, junto a ti vida sería.

Pero en eso, desde la otra ventana, que se encendió, venía en timbre de flauta dulce la chispa de la luciérnaga, sonido compañero, un *sol* diciendo te echaré cordón de seda, luego la quena *do* y en seguida la flauta dulce *mi*, primera inversión de acorde perfecto equiparable a decir amor mío, para que subas arriba, la dama fría muy más que la muerte se va, y si el hilo no alcanzare mis trenzas añadiría, y el corazón de Manuel que se desata en un *solo* de percusión recuperativa.

Daniel Moyano nació en La Rioja. Allí vivió y escribió hasta 1976. El golpe de marzo de ese año lo obligó a dejar su violín —el instrumento que le permitía vivir— y su tierra. Recaló, como muchos otros, en España. Allí la música no le sirvió de nada; fue plomero, vendedor de libros de puerta en puerta y, esporádicamente, periodista. Quienes lo vieron en el exilio lo recuerdan por la melancolía y por su acento que la otra tierra no logró mitigar. En 1983, ya con la democracia, prefirió no volver o no pudo hacerlo. Ya se había convertido, de todas maneras, en uno de los escritores argentinos más importantes de los últimos veinte años. De su obra, desarrollada prolijamente en un pueblo de La Rioja o en otro de España, seguramente quedarán* El oscuro, El trino del diablo, El vuelo del tigre *y* Libro de navíos y de borrascas. *Este texto, aparecido en el madrileño diario* El País, *visita las obsesiones de este escritor.



En el largo silencio que sigue alzan sus instrumentos para mostrárselos, pero en realidad están mirando sus cuerpos, con una concentración animal, hasta hacerlos temblar. Cuando esta comunicación se vuelve casi intolerable, la mujer sopla otra vez su flauta, echa a rodar un *re* alto y blanco como ella que penetra hasta el corazón del hombre con el propósito de normalizar su percusión, objetivo que alcanza inmediatamente porque los cuerpos han sido pensados para la música, son instrumentos vivos.

Acabada su emisión, ella se echa hacia atrás para ofrecer más superficie acústica a la respuesta sonora de Manuel, y cuando la consonancia de la quena llega se estremece, apaga la luz y se pierde entre muebles pulidos por el tiempo. El hombre también apaga su luciérnaga y se echa en la cama para pensar en el encuentro que ya existe en alguna parte; luego vuelca en el sueño, como si fuera de la misma sustancia, la realidad que acaba de alumbrarse.

Manuel salta de la cama cuando oye chirriar las roldanas del tendedero. Ella cuelga un pañuelo y hace correr la cuerda; él mira el sol y pestañea. Hermoso día, dice, y la extranjera responde algo en otra lengua. Me gustó tu flauta, mucho, y ella cuelga una servilleta, sonríe arrugando su nariz helada cuando sujeta con pinzas su mínimo monocordio trasparente, que con el resto de la ropa avanza hacia la ventana del suramericano, que dice: ahora tenemos un lenguaje ¿no? Lo dice estúpidamente con palabras, ahora podemos entendernos, ¿ves?, mientras ella cuelga una sábana pequeña con mucho *cric* de las roldanas gemelas, farfulla algo en su lengua traída de las nieves, a lo que él responde con el *glo, glo* de los sapos de su tierra cuando están en trance de lluvia; ella cuelga medias blancas, corre la cuerda y ahora el monocordio está casi contra la ventana de Manuel, que estira las manos para acariciarlo. Ella ríe y se esconde, y en seguida aparece flauta en mano. Podríamos charlar un poco, parece que le dice, y él, que toma su quena sin dejar de mirarla, pensando el nombre exótico que tenga la extranjera, no encuentra ninguno que se le parezca.

Mirando al hombre con astucia animal toca y se menea como queriendo que su cuerpo también sea sonido. Le dice a Manuel de dónde es, le cuenta cosas sonoras de su país remoto; pero él, con su despiste geográfico, no puede comprender, apenas advertir que en aquel país hay mucha nieve. Entonces deja de tocar, y viendo que el suramericano no ha comprendido nada, hace un gesto como diciendo mira qué tonto eres, y le invita a hablar. Manuel toca un aire del altiplano y ella entiende: se pone un sombrero y baila como las cholas; sí, de por ahí cerca, ha dicho él. La mujer vuelve a tocar melodías de su tierra. Manuel se despista entre algo nórdico y eslavo sin darle importancia a la imprecisión. Total, ya sabe que cayó del cielo. Con la quena señala hacia abajo y en dirección a la calle: nos vemos ya mismo en el portal, quiere decir. La flauta señala también hacia abajo, pero en otra dirección: allá te espero, vida mía. Deja la flauta y se peina ante Manuel como si él fuese su espejo; él deja la quena y termina de vestirse con cuidados de primera cita. La extranjera ha salido ya y él baja la escalera de madera como cayendo por una cascada, pero realmente lo hace por los cabellos de ella, según van por ahí sus pensamientos.

En el portal, la mujer se desdobla para ser más cuando él aparezca. Mientras su deseo mira hacia una de las escaleras posibles, ella observa la otra procurando oír los pasos de Manuel, que no llegan todavía. El deseo, viendo que el hombre no aparece, sale a la calle y mira junto al viento hacia una remota cordillera ultramarina. Al tiempo que ella es una estatua apoyada contra el marco de la puerta esperando la caída de la fruta, el deseo está oyendo quenas en la cordillera, pero ahí tampoco está Manuel. La mujer trata de oír sus pasos por las escaleras mientras Manuel entra y sale de un portal buscándola por dentro y fuera, pero no hay nada de ella, sólo portal vacío y calle con olor a castañas asadas, justo cuando el deseo de la mujer nórdica tiembla en la cordillera cerca de la nieve que le recuerda a su país. Ni quena ni Manuel, que por ahí ve pasar a Pavese junto al portal, camino de la muerte que tendrá sus ojos, yendo por la calle en donde su amor vivía, seguido por la señora blanca muy más que la nieve, que al ver a Manuel solo se detiene y lo mira, y al mirarlo empieza a caer una llovizna únicamente en ese portal. El resto de la calle brilla bajo el sol mientras la niña del monocordio no puede explicarse por qué el suramericano no ha llegado todavía.

Se trata de un error, no fue una cita, el lenguaje musical suele ser imitado en estos casos, piensa ella. Pero entonces por qué, dice Manuel en el portal, si estaba claro que nos encontraríamos aquí abajo, mientras ella mira su reloj, casi media hora. Desencantada, llama a su deseo, que baja del altiplano y se junta otra vez con el cuerpo de la niña. Van subiendo tristísimos la escalera crujiente cuando Manuel ve en su reloj que la hora ya es cumplida. No sé por qué esperé hasta ahora, dice justo cuando ve que la señora muy blanca cruza la calle hacia su portal precedida por una lluvia que solamente pertenece a ella, que alza una mano diciéndole que se detenga. El alcanza a cerrar la puerta en el momento en que la señora empieza a salpicarlo con su lluvia. Llega a su cuarto sintiendo que nadie está entrando allí, que él ya no existe. La muerte me anda buscando, junto a ti vida sería, pero la ventana de la niña parece muy lejana.

Hacia las celosías cerradas apunta con su quena, suelta un *mi* que se humilla para reconciliarse y perdonar, esperando el *sol* para el acorde. La nota de la quena atraviesa limpiamente los cristales y se pone a girar alrededor de la mujer, recorriéndola como un objeto acústico. Ella toma la flauta, y cuando su deseo está por responder con el sonido que formará el acorde perfecto, le arrebata el impulso y emite un *fa* que, ya se sabe, va a unirse al *mi* en un encuentro áspero que quiere decir no a todo. Manuel comprende la agresión y guarda la quena resignado.

La guarda justo en el momento en que advierte que entre las paredes del edificio al que pertenece la bohardilla de él y las que rodean la ventana de ella hay una diferencia de texturas muy notoria a pesar de la intemperie de dos siglos. Pero entonces, dice, su bohardilla pertenece a otro edificio, casas pegadas con un patio común, cómo no me di cuenta, significa que su portal no es el mío, que está en cualquier otra calle de la manzana. Campoamor, Santa Teresa, Fernando VI y Hortaleza, los nombres de las calles zumban en Manuel bajando con él las escaleras.

Ultramarinos: nada que ver. Verdulería. Librería. Academia. Pescados. La trasnochada carbonería y junto a ella una entrada que podría ser la suya. Aquella puerta es igualmente sospechosa. Por esta calle, casi nada. Esta otra parece más propicia. Anotar ese número. Otra librería, nuevamente la calle de Hortaleza y en seguida su portal. Primer reconocimiento concluido, piensa Manuel ante su chato en El Figón de Juanita.

Ella ha comprado un canario enjaulado que cuelga al lado de su ventana, que deja de cantar cuando Manuel toca la quena. No puede ver al hombre, que está siempre a contraluz; por eso cuando calla para oír su música mueve la cabeza en búsqueda visual del origen del sonido. Parece que no conoce el timbre del instrumento y cree que se trata de otro pájaro de rarísimo cantar.

Manuel razona que las notas con que llama a la mujer pidiéndole que se asome van más allá de la bohardilla de ella. Después de llenarla bajan por la escalera; con su melancolía indígena, por ese hueco que es un tubo acústico, van rodando hasta llegar al portal desconocido, sabe Dios en qué calle.

Llama al pintor chileno que vive en la calle de Lequerica y le pide que dé una vuelta a la manzana procurando oír una quena saliendo por un portal. Tú estás loco o eres tonto, dice el pintor. Y luego recorre las cuatro calles. Una quena en Madrid, qué disparate, piensa tendiendo el oído; todo lo que alcanza a percibir es un disco de Frank Zappa, y se lo dice. Es una lástima, comenta Manuel mientras ve que ella se asoma a la ventana para recoger a su canario. Mira a Manuel, pero no sonríe como siempre. En seguida apaga la luz y se acabó.

Sombras chinescas en la pared cuando ella se asoma por las noches para entrar el pájaro. Ridículo Manuel, proyectando sombras con las manos, un ciervo, un perro, un conejito, una golondrina que vuela, y ella nada: cierra su ventana.

El juego de hoy es llenar los vidrios con postales antiguas, láminas japonesas y claveles colgados en la cuerda que se marchitan junto a la ventana indiferente sin que ella alcance a verlos. El canario mira todo sin comprender, a veces se acuerda del pájaro extranjero que hace mucho que no canta.

Otro argumento: copiar las desmesuras que trajo de su tierra en negativos. Grandes bandejas nuevas para revelar copias enormes, colgarlas en la cuerda, y allá van bamboleantes, prendidos con pinzas, los ríos tumultuosos que bajan de la cordillera, selvas escandalosas que ella nunca hubiera imaginado, vicuñas y guanacos ondulando por la cuerda, y ella nada.

El paso siguiente es comprar sombreros antiguos en el Rastro. Cada vez que ella guarda o saca la jaula Manuel aparece con un sombrero distinto, complementado con bigotes y pelucas que no siempre corresponden. Los hay verdes y amarillos, altos y con plumas; capotas y chambergos, capirotes y chichoneras, gorros catalanes y un sombrero de tres picos, mientras los primeros soles claros van dando a la mujer el aspecto de uvas que maduran. Hasta que uno de su invención, muy disparatado, con plumas de avestruz y mariposas de papel colgantes, deshiela a la mujer que vino de las nieves, que sonríe como si lo hiciera por primera vez y dice algo en su idioma, mostrando la punta de su lengua como un pez asomándose. Se esconde y en seguida el canario y Manuel la ven reaparecer con un sombrero del Tirol o algo así y la flauta en la mano.

Pero el verdadero instrumento musical es ella, piensa Manuel. Para producir un sonido es necesario que el cuerpo elástico entre en vibración, que el equilibrio molecular se rompa, y para eso están los variados golpes de arco, las fricciones debidamente dosificadas en su justo ritmo. Cuando las moléculas perturbadas traten de volver al reposo que tenían, los sabios movimientos del arco se lo impedirán y entonces la cuerda vibrará libremente. Para que el sonido se produzca, recuerda Manuel de las clases del conservatorio, hace falta un canal, algo por donde pueda caminar; puede ser sólido, gaseoso o líquido, y él tiene a mano la cuerda de la ropa, velocidad del sonido 341 metros por segundo a 15 grados centígrados dicen los tratados. Qué bien vibra ella con esta temperatura por ser de tierras frías.

Unidos por la cuerda del tendedero, con la mariposa-monocordio a medio escarchar en el centro, la mujer nórdica y Manuel son el instrumento y el ejecutante: lo único que falta es producir la música. Con mi quena, dice Manuel, te hago vibrar toda en libertad. Tu mariposa íntima divide la cuerda en dos segmentos exactamente iguales, y el sonido que produce es la octava del sonido de tu cuerpo. Si corremos la mariposa hacia los dos tercios de la cuerda y hacia tu ventana tenemos un intervalo de quinta, y avanzando un poco más, el de cuarta; consonancias perfectas. Gracias, Pitágoras; estoy casi en sus brazos.

Cuando el curioso concierto se termina, la nórdica y Manuel estiran sus brazos para acortar distancias, los dedos de la punta del aire hecho cuerda, que no llegan a la nota justa. Es terrible para un músico no alcanzar un sonido. El deseo de ella se apoya en una quena ausente, y Manuel siente que la quena duele, junto a ti vida sería. Hay palabras que ninguno de los dos comprende, gritos de la selva entrevista en las fotografías, ferocidad de jaguares y dulzuras de arrullos de palomas. ¿Por tal, cita? Nada, nada, dice Manuel; nada, nada, dice ella. Peligro de que aparezca esa señora de blanco muy más que la nieve andina. Si estás cerca de ella y llega esa señora, la niña nórdica podrá agregar sus trenzas a la cuerda para que subas arriba, y entonces la señora blanca de Pavese, nada, y la dueña del monocordio, toda.

Si le damos un nombre, piensa Manuel, para poder tenerla, la extranjera dejará de caer del cielo y será de carne y hueso. Nombre cualquiera claro y cotidiano, el primero que aparezca en la mente: María, por ejemplo.

Con el cual ya está posada. María, dice él, y ella suelta su pelo en la otra ventana sintiéndose nombrada. Alguien llama a la puerta de Manuel: la señora muy blanca. María, que la ha visto, abre los brazos y le dice a Manuel: ven, en su lengua. La señora, que pasea con Pavese, sigue llamando, golpea la puerta bajo el agua. Ha inventado una lluvia para llevarse al suramericano: sólo llueve junto a la puerta de la bohardilla y Madrid es París con Vallejo y aguacero golpeando en la puerta de Manuel. Déjame vivir un día, dice el del altiplano, y la señora, nada, nada. No es la lluvia deseada por los sapos de su aldea; es la que se llevó a Vallejo y ahora quiere hacer lo mismo con Manuel porque está solo. Entonces él comprende ahora muchas cosas, sabe quién ha confundido los portales: esta señora blanca tiene predilección por los suramericanos.

¿Viste anoche en la *tele* la peregrinación de las anguilas para copular? Hasta el mar de los Sargazos. Tremendo, ¿no? Bueno, ahí está la cuerda de la ropa. Las anguilas son equilibristas. Los ríos del norte por donde ascienden para hacer el amor están llenos de peligros, algunas mueren en el intento, por supuesto. Sí, descalzo es mejor, hay que aligerar el peso; nunca se sabe hasta dónde puede aguantar la cuerda.

La quena, horizontalmente sostenida, es a la vez una ofrenda y la vara que el equilibrista necesita para no caer. Cuatro pisos abajo hay cáscaras de naranjas y zapatos rotos que Manuel no mira: tiene los ojos clavados en el aire que termina en María la nórdica. La mira con ojos de guanaco asustado, arrastrando pies circenses sobre el trapecio, dos tercios consonancia perfecta, mientras ella apoya sus manos en la cuerda y siente latir el peso de Manuel, y allá la señora blanca resuelve romper la cerradura. María oye el tremendismo del aguacero en la bohardilla de Manuel y no respira: ve que su mariposa de tela transparente obstaculiza el paso y no respira. Imposible que el equilibrista pueda levantar un pie para esquivarla, eso significaría cáscaras de naranja y sangre en los zapatos allá abajo. Manuel ve el obstáculo del monocordio y no respira; sus pies solitarios y desnudos se detienen ahí mismo mientras él oye el aguacero de la señora aquella.

La mujer que ha dejado de caer del cielo tira de la cuerda para traer al hombre detenido junto al monocordio, pero no puede, no tiene fuerzas, y todo está muy quieto mientras la lluvia se desparrama por Madrid. Ante esta evidente situación mortal, la mariposa escarchada se pliega en dos y mueve sus partes como alas. Manuel, desde su posición, la ve volar sobre tejas de dos siglos dejando la cuerda libre. Los ojos de María no pueden ver el vuelo inesperado de su prenda: están muy fijos en los de Manuel, que llega con su quena, que cae como una fruta dentro de su cuarto mientras la lluvia de la señora blanca cesa y en su lejana tumba monocordio Pitágoras sonríe. Con palabras improvisadas tienen una comunicación perfecta. *Ip, ip*, dice Manuel. *Rup, rup*, responde ella, y se miran hasta adentro, donde hay ríos que remontan las anguilas. Los postigos de la ventana han sido cuidadosamente cerrados, aislando al canario. Solamente los está mirando el fuego desde la chimenea. Cuando se acaban las palabras llegan los sonidos. Una cuerda y un arco. María Violín y Manuel Arco junto al fuego rompiendo el equilibrio molecular, que para eso están los impulsos, las fricciones de tiempo justo. Manuel Quena perturba el silencio de María Violín con ritmos limpios, y cuando las moléculas, por aquello de la inercia, quieren volver al reposo, se lo impide la vibración libre de la cuerda, que busca otro, el de los cuerpos, para que de él brote la música. Justo cuando la mariposa de tela reaparece. Sólo el canario la ve volver. El pájaro está viendo a contraluz que la mariposa aparece volando sobre el tejado y luego, cuidadosa de su estructura, se posa otra vez, apenas escarchada, sobre la cuerda pitagórica.

MARIA VIOLIN

¿no? Lo dice estúpidamente con palabras, ahora podemos entendernos, ¿ves?, mientras ella cuelga una sábana pequeña con mucho *cric* de las roldanas gemelas, farfulla algo en su lengua traída de las nieves, a lo que él responde con el *glo, glo* de los sapos de su tierra cuando están en trance de lluvia; ella cuelga medias blancas, corre la cuerda y ahora el monocordio está casi contra la ventana de Manuel, que estira las manos para acariciarlo. Ella ríe y se esconde, y en seguida aparece flauta en mano. Podríamos charlar un poco, parece que le dice, y él, que toma su quena sin dejar de mirarla, pensando el nombre exótico que tenga la extranjera, no encuentra ninguno que se le parezca.

Mirando al hombre con astucia animal toca y se menea como queriendo que su cuerpo también sea sonido. Le dice a Manuel de dónde es, le cuenta cosas sonoras de su país remoto; pero él, con su despiste geográfico, no puede comprender, apenas advertir que en aquel país hay mucha nieve. Entonces deja de tocar, y viendo que el suramericano no ha comprendido nada, hace un gesto como diciendo mira qué tonto eres, y le invita a hablar. Manuel toca un aire del altiplano y ella entiende: se pone un sombrero y baila como las cholas; sí, de por ahí cerca, ha dicho él. La mujer vuelve a tocar melodías de su tierra. Manuel se despista entre algo nórdico y eslavo sin darle importancia a la imprecisión. Total, ya sabe que cayó del cielo. Con la quena señala hacia abajo y en dirección a la calle: nos vemos ya mismo en el portal, quiere decir. La flauta señala también hacia abajo, pero en otra dirección: allá te espero, vida mía. Deja la flauta y se peina ante Manuel como si él fuese su espejo; él deja la quena y termina de vestirse con cuidados de primera cita. La extranjera ha salido ya y él baja la escalera de madera como cayendo por una cascada, pero realmente lo hace por los cabellos de ella, según van por ahí sus pensamientos.

En el portal, la mujer se desdobla para ser más cuando él aparezca. Mientras su deseo mira hacia una de las escaleras posibles, ella observa la otra procurando oír los pasos de Manuel, que no llegan todavía. El deseo, viendo que el hombre no aparece, sale a la calle y mira junto al viento hacia una remota cordillera ultramarina. Al tiempo que ella es una estatua apoyada contra el marco de la puerta esperando la caída de la fruta, el deseo está oyendo quenas en la cordillera, pero ahí tampoco está Manuel. La mujer trata de oír sus pasos por las escaleras mientras Manuel entra y sale de un portal buscándola por dentro y fuera, pero no hay nada de ella, sólo portal vacío y calle con olor a castañas asadas, justo cuando el deseo de la mujer nórdica tiembla en la cordillera cerca de la nieve que le recuerda a su país. Ni quena ni Manuel, que por ahí ve pasar a Pavese junto al portal, camino de la muerte que tendrá sus ojos, yendo por la calle en donde su amor vivía, seguido por la señora blanca muy más que la nieve, que al ver a Manuel solo se detiene y lo mira, y al mirarlo empieza a caer una llovizna únicamente en ese portal. El resto de la calle brilla bajo el sol mientras la niña del monocordio no puede explicarse por qué el suramericano no ha llegado todavía.

Se trata de un error, no fue una cita, el lenguaje musical suele ser imitado en estos casos, piensa ella. Pero entonces por qué, dice Manuel en el portal, si estaba claro que nos encontraríamos aquí abajo, mientras ella mira su reloj, casi media hora. Desencantada, llama a su deseo, que baja del altiplano y se junta otra vez con el cuerpo de la niña. Van subiendo tristísimos la escalera crujiente cuando Manuel ve en su reloj que la hora ya es cumplida. No sé por qué esperé hasta ahora, dice justo cuando ve que la señora muy blanca cruza la calle hacia su portal precedida por una lluvia que solamente pertenece a ella, que alza una mano diciéndole que se detenga. El alcanza a cerrar la puerta en el momento en que la señora empieza a salpicarlo con su lluvia. Llega a su cuarto sintiendo que nadie está entrando allí, que él ya no existe. La muerte me anda buscando, junto a ti vida sería, pero la ventana de la niña parece muy lejana.

Hacia las celosías cerradas apunta con su quena, suelta un *mi* que se humilla para reconciliarse y perdonar, esperando el *sol* para el acorde. La nota de la quena atraviesa limpiamente los cristales y se pone a girar alrededor de la mujer, recorriéndola como un objeto acústico. Ella toma la flauta, y cuando su deseo está por responder con el sonido que formará el acorde perfecto, le arrebata el impulso y emite un *fa* que, ya se sabe, va a unirse al *mi* en un encuentro áspero que quiere decir no a todo. Manuel comprende la agresión y guarda la quena resignado.

La guarda justo en el momento en que advierte que entre las paredes del edificio al que pertenece la bohardilla de él y las que rodean la ventana de ella hay una diferencia de texturas muy notoria a pesar de la intemperie de dos siglos. Pero entonces, dice, su bohardilla pertenece a otro edificio, casas pegadas con un patio común, cómo no me di cuenta, significa que su portal no es el mío, que está en cualquier otra calle de la manzana. Campoamor, Santa Teresa, Fernando VI y Hortaleza, los nombres de las calles zumban en Manuel bajando con él las escaleras.

Ultramarinos: nada que ver. Verdulería. Librería. Academia. Pescados. La trasnochada carbonería y junto a ella una entrada que podría ser la suya. Aquella puerta es igualmente sospechosa. Por esta calle, casi nada. Esta otra parece más propicia. Anotar ese número. Otra librería, nuevamente la calle de Hortaleza y en seguida su portal. Primer reconocimiento concluido, piensa Manuel ante su chato en El Figón de Juanita.

Ella ha comprado un canario enjaulado que cuelga al lado de su ventana, que deja de cantar cuando Manuel toca la quena. No puede ver al hombre, que está siempre a contraluz; por eso cuando calla para oír su música mueve la cabeza en búsqueda visual del origen del sonido. Parece que no conoce el timbre del instrumento y cree que se trata de otro pájaro de rarísimo cantar.

Manuel razona que las notas con que llama a la mujer pidiéndole que se asome van más allá de la bohardilla de ella. Después de llenarla bajan por la escalera; con su melancolía indígena, por ese hueco que es un tubo acústico, van rodando hasta llegar al portal desconocido, sabe Dios en qué calle.

Llama al pintor chileno que vive en la calle de Lequerica y le pide que dé una vuelta a la manzana procurando oír una quena saliendo por un portal. Tú estás loco o eres tonto, dice el pintor. Y luego recorre las cuatro calles. Una quena en Madrid, qué disparate, piensa tendiendo el oído; todo lo que alcanza a percibir es un disco de Frank Zappa, y se lo dice. Es una lástima, comenta Manuel mientras ve que ella se asoma a la ventana para recoger a su canario. Mira a Manuel, pero no sonríe como siempre. En seguida apaga la luz y se acabó.

Sombras chinescas en la pared cuando ella se asoma por las noches para entrar el pájaro. Ridículo Manuel, proyectando sombras con las manos, un ciervo, un perro, un conejito, una golondrina que vuela, y ella nada: cierra su ventana.

El juego de hoy es llenar los vidrios con postales antiguas, láminas japonesas y claveles colgados en la cuerda que se marchitan junto a la ventana indiferente sin que ella alcance a verlos. El canario mira todo sin comprender, a veces se acuerda del pájaro extranjero que hace mucho que no canta.

Otro argumento: copiar las desmesuras que trajo de su tierra en negativos. Grandes bandejas nuevas para revelar copias enormes, colgarlas en la cuerda, y allá van bamboleantes, prendidos con pinzas, los ríos tumultuosos que bajan de la cordillera, selvas escandalosas que ella nunca hubiera imaginado, vicuñas y guanacos ondulando por la cuerda, y ella nada.

El paso siguiente es comprar sombreros antiguos en el Rastro. Cada vez que ella guarda o saca la jaula Manuel aparece con un sombrero distinto, complementado con bigotes y pelucas que no siempre corresponden. Los hay verdes y amarillos, altos y con plumas; capotas y chambergos, capirotes y chichoneras, gorros catalanes y un sombrero de tres picos, mientras los primeros soles claros van dando a la mujer el aspecto de uvas que maduran. Hasta que uno de su invención, muy disparatado, con plumas de avestruz y mariposas de papel colgantes, deshiela a la mujer que vino de las nieves, que sonríe como si lo hiciera por primera vez y dice algo en su idioma, mostrando la punta de su lengua como un pez asomándose. Se esconde y en seguida el canario y Manuel la ven reaparecer con un sombrero del Tirol o algo así y la flauta en la mano.

Pero el verdadero instrumento musical es ella, piensa Manuel. Para producir un sonido es necesario que el cuerpo elástico entre en vibración, que el equilibrio molecular se rompa, y para eso están los variados golpes de arco, las fricciones debidamente dosificadas en su justo ritmo. Cuando las moléculas perturbadas traten de volver al reposo que tenían, los sabios movimientos del arco se lo impedirán y entonces la cuerda vibrará libremente. Para que el sonido se produzca, recuerda Manuel de las clases del conservatorio, hace falta un canal, algo por donde pueda caminar; puede ser sólido, gaseoso o líquido, y él tiene a mano la cuerda de la ropa, velocidad del sonido 341 metros por segundo a 15 grados centígrados dicen los tratados. Qué bien vibra ella con esta temperatura por ser de tierras frías.

Unidos por la cuerda del tendedero, con la mariposa-monocordio a medio escarchar en el centro, la mujer nórdica y Manuel son el instrumento y el ejecutante: lo único que falta es producir la música. Con mi quena, dice Manuel, te hago vibrar toda en libertad. Tu mariposa íntima divide la cuerda en dos segmentos exactamente iguales, y el sonido que produce es la octava del sonido de tu cuerpo. Si corremos la mariposa hacia los dos tercios de la cuerda y hacia tu ventana tenemos un intervalo de quinta, y avanzando un poco más, el de cuarta; consonancias perfectas. Gracias, Pitágoras; estoy casi en sus brazos.

Cuando el curioso concierto se termina, la nórdica y Manuel estiran sus brazos para acortar distancias, los dedos de la punta del aire hecho cuerda, que no llegan a la nota justa. Es terrible para un músico no alcanzar un sonido. El deseo de ella se apoya en una quena ausente, y Manuel siente que la quena duele, junto a ti vida sería. Hay palabras que ninguno de los dos comprende, gritos de la selva entrevista en las fotografías, ferocidad de jaguares y dulzuras de arrullos de palomas. ¿Por tal, cita? Nada, nada, dice Manuel; nada, nada, dice ella. Peligro de que aparezca esa señora de blanco muy más que la nieve andina. Si estás cerca de ella y llega esa señora, la niña nórdica podrá agregar sus trenzas a la cuerda para que subas arriba, y entonces la señora blanca de Pavese, nada, y la dueña del monocordio, toda.

Si le damos un nombre, piensa Manuel, para poder tenerla, la extranjera dejará de caer del cielo y será de carne y hueso. Nombre cualquiera claro y cotidiano, el primero que aparezca en la mente: María, por ejemplo.

Con el cual ya está posada. María, dice él, y ella suelta su pelo en la otra ventana sintiéndose nombrada. Alguien llama a la puerta de Manuel: la señora muy blanca. María, que la ha visto, abre los brazos y le dice a Manuel: ven, en su lengua. La señora, que pasea con Pavese, sigue llamando, golpea la puerta bajo el agua. Ha inventado una lluvia para llevarse al suramericano: sólo llueve junto a la puerta de la bohardilla y Madrid es París con Vallejo y aguacero golpeando en la puerta de Manuel. Déjame vivir un día, dice el del altiplano, y la señora, nada, nada. No es la lluvia deseada por los sapos de su aldea; es la que se llevó a Vallejo y ahora quiere hacer lo mismo con Manuel porque está solo. Entonces él comprende ahora muchas cosas, sabe quién ha confundido los portales: esta señora blanca tiene predilección por los suramericanos.

¿Viste anoche en la *tele* la peregrinación de las anguilas para copular? Hasta el mar de los Sargazos. Tremendo, ¿no? Bueno, ahí está la cuerda de la ropa. Las anguilas son equilibristas. Los ríos del norte por donde ascienden para hacer el amor están llenos de peligros, algunas mueren en el intento, por supuesto. Sí, descalzo es mejor, hay que aligerar el peso; nunca se sabe hasta dónde puede aguantar la cuerda.

La quena, horizontalmente sostenida, es a la vez una ofrenda y la vara que el equilibrista necesita para no caer. Cuatro pisos abajo hay cáscaras de naranjas y zapatos rotos que Manuel no mira: tiene los ojos clavados en el aire que termina en María la nórdica. La mira con ojos de guanaco asustado, arrastrando pies circenses sobre el trapecio, dos tercios consonancia perfecta, mientras ella apoya sus manos en la cuerda y siente latir el peso de Manuel, y allá la señora blanca resuelve romper la cerradura. María oye el tremendismo del aguacero en la bohardilla de Manuel y no respira: ve que su mariposa de tela transparente obstaculiza el paso y no respira. Imposible que el equilibrista pueda levantar un pie para esquivarla, eso significaría cáscaras de naranja y sangre en los zapatos allá abajo. Manuel ve el obstáculo del monocordio y no respira; sus pies solitarios y desnudos se detienen ahí mismo mientras él oye el aguacero de la señora aquella.

La mujer que ha dejado de caer del cielo tira de la cuerda para traer al hombre detenido junto al monocordio, pero no puede, no tiene fuerzas, y todo está muy quieto mientras la lluvia se desparrama por Madrid. Ante esta evidente situación mortal, la mariposa escarchada se pliega en dos y mueve sus partes como alas. Manuel, desde su posición, la ve volar sobre tejas de dos siglos dejando la cuerda libre. Los ojos de María no pueden ver el vuelo inesperado de su prenda: están muy fijos en los de Manuel, que llega con su quena, que cae como una fruta dentro de su cuarto mientras la lluvia de la señora blanca cesa y en su lejana tumba monocordio Pitágoras sonríe. Con palabras improvisadas tienen una comunicación perfecta. *Ip, ip,* dice Manuel. *Rup, rup,* responde ella, y se miran hasta adentro, donde hay ríos que remontan las anguilas. Los postigos de la ventana han sido cuidadosamente cerrados, aislando al canario. Solamente los está mirando el fuego desde la chimenea. Cuando se acaban las palabras llegan los sonidos. Una cuerda y un arco. María Violín y Manuel Arco junto al fuego rompiendo el equilibrio molecular, que para eso están los impulsos, las fricciones de tiempo justo. Manuel Quena perturba el silencio de María Violín con ritmos limpios, y cuando las moléculas, por aquello de la inercia, quieren volver al reposo, se lo impide la vibración libre de la cuerda, que busca otro, el de los cuerpos, para que de él brote la música. Justo cuando la mariposa de tela reaparece. Sólo el canario la ve volver. El pájaro está viendo a contraluz que la mariposa aparece volando sobre el tejado y luego, cuidadosa de su estructura, se posa otra vez, apenas escarchada, sobre la cuerda pitagórica.

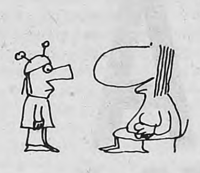
Daniel Moyano nació en La Rioja. Allí vivió y escribió hasta 1976. El golpe de marzo de ese año lo obligó a dejar su violín —el instrumento que le permitía vivir— y su tierra. Recaló, como muchos otros, en España. Allí la música no le sirvió de nada; fue plomero, vendedor de libros de puerta en puerta y, esporádicamente, periodista. Quienes lo vieron en el exilio lo recuerdan por la melancolía y por su acento que la otra tierra no logró mitigar. En 1983, ya con la democracia, prefirió no volver o no pudo hacerlo. Ya se había convertido, de todas maneras, en uno de los escritores argentinos más importantes de los últimos veinte años. De su obra, desarrollada prolijamente en un pueblo de La Rioja o en otro de España, seguramente quedarán* El oscuro, El trino del diablo, El vuelo del tigre *y* Libro de navíos y de borrascas. *Este texto, aparecido en el madrileño diario* El País, *visita las obsesiones de este escritor.

EL SEXO DE LOS MARCIANOS

Por **COPI**













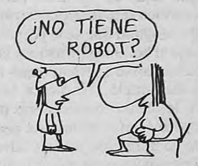








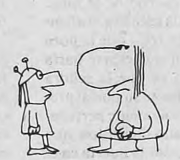




























EDITORIAL ANAGRAMA

CONTINUARA

JUEGOS

"LA SOPA DEL 7" 1

Encuentre 7 países europeos que pueden estar escritos en horizontal, en vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

M	A	D	R	T	I	S	N	R	O
L	B	A	E	A	I	C	E	R	G
A	R	T	O	I	Z	A	G	A	L
S	I	F	C	N	H	I	S	X	B
I	H	V	M	A	Ñ	A	U	O	J
G	O	D	A	B	I	F	E	S	T
R	E	N	T	L	O	R	A	D	U
H	Y	R	A	A	S	E	I	R	S
S	O	T	R	O	P	O	R	N	O
G	I	L	E	T	S	X	G	B	E
H	O	L	A	N	D	A	N	U	K
S	O	J	E	R	I	S	U	R	Y
T	G	R	E	S	A	G	H	G	A

NUMERO OCULTO 1

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no pueden empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene este intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

1

				B	R
				4	0
1	3	8	7	1	1
3	5	1	0	1	0
4	9	6	7	1	0
6	2	9	4	0	1

2

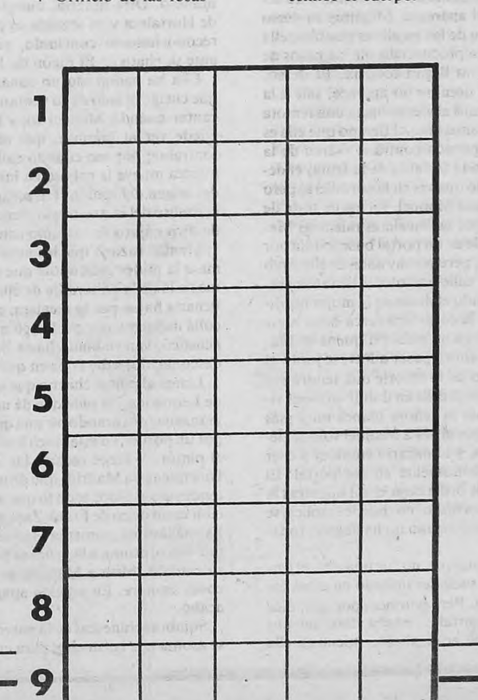
				B	R
				4	0
1	2	6	0	1	0
3	0	1	4	0	2
4	7	5	9	0	1
5	8	3	7	2	0

1 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final de todas las letras de la primer palabra resultan "transformadas".

DEFINICIONES

1- Pérdida grande de bienes.
2- Especie de poncho.
3- Caballería de pelo mezclado.
4- Orificio de las fosas nasales.
5- Cuata - Gemela.
6- Divide - Parte.
7- Que tiene poca longitud.
8- Natural de Córcega.
9- Prenda interior para ceñirse el cuerpo.



SOLUCIONES

LAS SOLUCIONES EN EL DIARIO DE MAÑANA